

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN

En la moderna escuela literaria, en esa escuela que, según uno de sus jefes, «consiste en la doble operación de sentir lo que se ve y decir lo que se ha sentido, animándolo todo con la vida particular de un temperamento», nadie más elevado que Daudet, el inspirado autor de *Fromont joven* y el *Nabab*. Ninguna personalidad artística más definida que la suya. Tal como se presenta en su primera novela se mantiene en la última, trazando esos cuadros exuberantes de luz y colorido en que está concentrada toda la vida de París, vista y sentida con todo el fuego de un corazón meridional. Ninguna tampoco más simpática. El que lee sus novelas, le ama, se funde en uno con el autor—cuya presencia adivina en el fondo de cada cuadro, detrás de cada personaje,—y llora ante un episodio triste ó se regocija ante un detalle alegre, persuadido de que allí, cerca de él, el autor llora también, ó también se regocija.

¡Bello espectáculo la vida del famoso novelista!
Como si la fortuna le hubiera agraciado con todos

sus dones, sigue desde un principio el camino que se trazó, sin tropezar con obstáculos insuperables que ni un momento le desvíen de él. No hay en su vida contrariedades, ni disgustos, ni derrotas que hagan vacilar, siquiera sea por instantes, la fe de su corazón; no hay tampoco necesidades que le obliguen á abandonar desesperado el campo de batalla para luego volver á él. Sus pequeños artículos, sus cuentos, eran leídos con placer é hicieron conocido su nombre en el periodismo; después, cuando quiso ensanchar la esfera en que se movía, cuando publicó su primera novela *Fromont joven y Risler mayor*, el aplauso fué unánime, y la misma Academia le dió un premio, no pudiendo recelar lo que se escondía debajo de aquel drama interesante, con tanta sencillez desarrollado. Treinta años tenía apenas cuando podía escribir al lado de su apellidado esa palabra que tanto aprecian los franceses: *decoré*.

Luego, llegó para él esa hora en que el hombre tiene necesidad de crearse una familia, se casó, y la fortuna, que tanto le ha favorecido, no quiso abandonarle en este trance supremo, y le dió una mujer inteligente y de talento que ama á su marido y le comprende hasta el punto de haber sido su colaboradora en algún libro. La confianza que tiene Daudet en el talento de su esposa es conocida de todos, desde que el autor escribió sus *Reyes en el destierro*. El exceso de trabajo había agotado las fuerzas del escritor; la sangre hervía en su pecho,

subía en oleadas y amenazaba ahogarle; pero él seguía trabajando, dominado por la fiebre de las ideas, convulso, palpitante, acabando una cuartilla para empezar otra, sin darse un punto de reposo.

Llegó un momento en que los ojos se cerraron, los sentidos dejaron de funcionar y el cuerpo rodó por el suelo: entonces, en aquel supremo instante en que podía sentir cerca de su rostro el hálito helado de la muerte y antes de desvanecerse por completo, tal vez para no despertar jamás, Daudet reunió todas las fuerzas que le abandonaban ya, para decir á su mujer:—*Acaba mi libro*.—Más tarde, contando él mismo este episodio, ha dicho: «Le hubiera acabado admirablemente. Mi mujer conoce el arte tanto como yo.»

La vida de los grandes escritores no puede ser nunca asunto indiferente para aquellos que les admiran: muchas veces se encuentra en ella la clave de sus obras, la razón de su modo de ser y de su modo de pensar. Tratándose de Daudet, el dato es tanto más interesante, cuanto que quizá pueda explicarnos la extraña contradicción que se nota en sus obras.

Daudet es naturalista en toda la extensión de la palabra; naturalista por convicción, que sólo trata de hechos reales en sus novelas; que no presenta más personajes que aquellos con quien se ha codeado en el mundo, y que han vivido en la realidad mucho antes de vivir en la ficción. Zola, juzgando

á Daudet, le cree desprovisto de toda fantasía, le juzga incapaz de imaginar una acción más ó menos inverosímil, desarrollándose entre seres que nunca hayan existido. Lleva al libro las personas que le rodean, los hechos de que fué testigo en algún tiempo: al pie de todas las figuras que se mueven en el *Nabab*, la perspicacia parisién puso nombres conocidos, y lo mismo sucede con los *Reyes en el destierro* y *Numa Roumestán*; hablando de *Jack*, dice él mismo en el *Prefacio* que ha puesto á la última edición: «Es un libro cruel, un libro amargo; un libro lúgubre, sí; pero ¿qué es, al lado de la existencia verdadera que acabo de contar?» Todos los sucesos de ese drama íntimo que publicó con el título de *La Evangelista*, le fueron narrados por la madre de la inocente joven, víctima del fanatismo religioso. Y sin embargo, á pesar de esta tendencia á no trabajar sino sobre *documentos humanos*, las obras de Daudet no pueden ser admitidas por la escuela naturalista sin ciertas salvedades y reservas, porque no son francamente naturalistas. En todas ellas hay algo convencional, algo falso, algo de que, es verdad, puede prescindirse en la lectura sin que la acción principal se resienta de la supresión, pero que altera la virtud del procedimiento y forma como una disidencia tanto más terrible, cuanto que la nueva escuela nace ahora, y en la lucha que sostiene debía presentar á todos sus partidarios unidos en un mismo pensamiento y en una misma aspiración, y teniendo todos iguales

opiniones sobre aquellos puntos que son fundamentales de su doctrina literaria. Zola lo reconoce así cuando dice: «En la gran lucha de la escuela naturalista con el público, es una fortuna que la novela francesa cuente con un seductor tan grande como el autor de *Fromont joven* y *Risler mayor*, que va delante, sonriendo, encargado de conmover los corazones y abrir la puerta á los novelistas más rudos que le siguen. Acostumbra al público al análisis exacto, á la pintura del mundo moderno, á las audacias del estilo. Al acogerle los burgueses, no sospechan que han dejado entrar en su hogar al enemigo, al naturalismo; porque cuando M. Alfonso Daudet haya pasado, los otros pasarán.»

Pues bien; quizá la vida del autor da la clave de esta contradicción—así debe llamarse—que se advierte en sus obras. De un lado está la convicción, presentando la naturaleza tal como es, sin desfigurarla, «sin teñirla de color de rosa», para que parezca bella; de otro el temperamento, la inclinación invencible, reservándose un pequeño rincón del vasto lienzo para hermosearle con los sueños de una fantasía risueña. Figuráos un mar tumultuoso en que riñen los elementos, en que hay seres que mueren y maldicen y blasfeman, en que se representan cien y cien trágicas escenas que amedrentan el corazón, y todo esto ocupando el vasto escenario; y aquí, en primer término para que se vea bien, á un lado, un paisaje de primavera lleno de calma y de dulzura, un mar tranqui-

lo reflejando un cielo sin nubes, el sol radiante alumbrando con sus rayos de oro la felicidad de unos cuantos personajes, y tendréis la copia exacta de una novela de Daudet. Sus obras todas son noches oscuras en que, sin embargo, nunca falta un rayo de luz; desiertos inacabables, que encierran siempre un oasis. Y si en la noche, si en el desierto están sus mejores figuras, en la luz, en el oasis, tenéis las más delicadas. Aquéllas son más humanas; éstas son más atractivas. Y por muy naturalista que seáis, nunca borraríais una siquiera de estas últimas, porque guardan el secreto de vuestras más puras emociones; porque habéis llorado con *Desideria Delobelle*, habéis reído con *Alina Joyeuse*, habéis saludado con respeto á la pobre reina de Iliria arrodillada junto á la cuna de su hijo. Y esto puede consistir en que Daudet, que no ha sufrido, que no tiene amarguras que recordar, admite que en el mundo hay maldad, porque la ve, pero no quiere negar que hay también algo bueno, seres felices, porque él es uno de ellos. Por esos sus cuadros no están exclusivamente dedicados á la pintura de lo malo.

Explicada ó no, esta contradicción forma el carácter distintivo de Daudet; marca su verdadera significación en el naturalismo; le da fisonomía propia, aquí donde tan fácil es caer en la imitación y dejarse llevar al extravío; Zola ha hecho en dos líneas el retrato literario del autor de SAFO: «La naturaleza, benévola—dice,—le ha puesto en ese

punto imperceptible en que acaba la poesía y empieza la realidad. A un mismo tiempo aporta el documento exacto y añade á él una nota personal.» Trata lo malo, lo feo, porque no rehuye nada; pero sabe detenerse á tiempo para no verse obligado á profundizar y sacar á luz algo más feo, algo más malo todavía. Si encuentra en su camino un estanque de agua corrompida, marca su situación y lo describe, pero no se complace en revolver las turbias aguas para aspirar todas sus emanaciones. Sus personajes hablan el lenguaje que se usa en el mundo, pero no emplean esas palabras de mal sonido que Zola oye y anota en su libro de memorias. Daudet las oye también, pero prescinde del detalle innecesario, y la palabra fea no aparece.

Y no es que él no tenga energía suficiente para dar relieve á los hechos y personajes que describe; nada de eso. *La Sidonia del Fromont joven* es el tipo de adúltera más acabado que puede presentar la literatura moderna; nada más banal que el duque de Mora del *Nabab*; nada más sencillamente ridículo que el d'Argenton de *Jack*; nada tampoco más sombrío que la Mme. d'Autheman, la fanática sectaria de *La Evangelista*. En la paleta de Daudet se encuentran todos los colores, desde el más risueño al más obscuro, pero emplea unos y otros á la vez, sin hacer exclusivo gasto de uno de ellos. El naturalismo, volviendo por los fueros de la verdad, desconocida por las exageraciones románticas, pone á discusión el hombre tal como es, con sus

nervios y sus músculos, con sus vicios y sus virtudes, con sus defectos y sus cualidades; estudia el medio en que se mueve para deducir de aquí la influencia que sobre él ejerce este medio, y no cargarle en cuenta culpas que no sean suyas; pero en la disección detenida que se hace del organismo humano, un detalle escapa al escalpelo, y ese detalle es algo que no puede acusarlo la observación, porque no está en los nervios ni en los músculos. Por eso en las novelas naturalistas en que todo es fatal, en que todo está previsto de antemano, el público indiferente echa de menos una cosa; precisamente el lado bonito de las novelas de Daudet; el vaso de agua que, calmando su sed en los momentos más penosos, le da fuerzas y aliento para proseguir la jornada; un pequeño rincón del mundo en que el hombre no se siente inclinado forzosamente al mal, en que los seres humanos pueden ser buenos y felices; cifra simbólica de una aspiración al bien que existe en todas las almas.

De aquí que, examinado en conjunto, el mundo de Daudet parezca más verdadero que el de Zola, y, en general, el del naturalismo. Quizá sea menos científico, pero de seguro es más posible. La familia Joyeuse, la familia Delobelle, la familia de los Lori-Dufresne, consideradas cada una en la novela de que forman parte, pueden ser un defecto, una contradicción; reunidas todas ellas, dan á la acción en que figuran un sello de verdad indiscutible, porque sin ellas la pintura de la humanidad

no sería completa. Alguien ha dicho, hablando de *Pot-Bouille*, que la casa de M. Duveyrier es un lupanar, un hospital y un presidio suelto; si Daudet hubiera tratado ese asunto, la casa famosa sería una casa habitada por gente de todas condiciones, porque habría puesto en ella personajes que no fueran locos, enfermos y malvados. Y el mundo es eso precisamente; seres que necesitan un médico, y seres que piden una cadena; seres á quien hay que llevar á un manicomio, y seres que merecen subir al cielo vestidos y calzados, tal cual los sorprenda la hora de su muerte.

Precisamente las cualidades de la novela de Daudet son las que, forzosamente, ha de reunir toda la que aspire á conquistar al público. Tiene del naturalismo lo que quedará de esta evolución literaria: el procedimiento, la manera de ver las cosas y sentir las, para luego decir lo que ha sentido, animándolo todo con la vida particular de su temperamento; tiene, de las leyes fundamentales de todo género literario, el secreto de conmover é interesar. Pero si sigue al naturalismo en sus aciertos, se aleja de él en sus errores. El ideal del naturalismo es la falta de acción, y él desarrolla siempre una acción, aunque poco complicada; el naturalismo proscribía el interés, él lo excita; para el naturalismo los detalles lo son todo; para Daudet los detalles no son más que los detalles; les concede más importancia de la que ayer se les concedía, pero no toda la que le otorgan Zola

y los Goncourt. Nada puede asegurarse tratándose de géneros literarios en que entran una porción de elementos á cual más complejos y menos propios á sujetarse á reglas fijas; pero cuando el calor de la lucha haya pasado, cuando las exigencias disminuyan y la exageración no entre para nada en el mérito ó demérito de una obra, es muy posible que la novela que quede victoriosa del combate hoy emprendido se parezca más á la novela de Daudet que á la de Zola. La personalidad del autor de *Pot-Bouille* será siempre más grande que la del autor del *Fromont joven*; pero la obra de éste será más duradera que la de aquél, no porque sea mejor, sino porque es más humana.

Vengamos ahora á la novela, causa original de este prólogo; es la última que ha producido su autor, y brillan en ella con delicados matices todas las cualidades de Daudet; tiene su estilo fluido y fácil, sus episodios llenos de ternura, sus tormentos indecibles. Tiene también—¿cómo no?—su pequeño rincón de poesía, poblado de personas honradas, á las que llegan las pútridas emanaciones de París, pero sin manchar la limpieza de su frente ni alterar la tranquilidad de su conciencia.

Esta vez el autor no se ha contentado con hacer una obra buena, y ha querido también hacer una buena obra, una obra moral, pero cuya moralidad no estuviera encerrada en un fárrago de frases indigestas, si no se desprendiera de los hechos; y, naturalmente, el libro ha resultado tal y

como el autor lo concibió en esas horas penosas que preceden al alumbramiento intelectual. SAFO es una lección dada á la juventud por un hombre que ha vivido bastante—aunque sólo tenga ahora cuarenta años—y que durante su jornada ha visto á muchos infelices rodando por pendientes resbaladizas hasta el fondo cenagoso de los abismos, y les ha seguido en su descenso, les ha preguntado la causa de su caída, y ahora escribe lo que ellos le dijeron, como Dante, de vuelta del infierno, escribió los suplicios que sufrían los condenados.

¿Y qué más infierno que la unión ilegítima, que trae apareada la vergüenza, que es dogal al cuello que hace bajar los ojos y les impide ver el sol, que seca poco á poco la fuente del corazón, de donde mana todo sentimiento honrado y noble? ¿Qué más infierno que verse condenado por la fatalidad á fingir amor á una mujer cuyos amantes de ayer señalan con el dedo al amante de hoy y le anuncian los amantes de mañana?

Y esta es la situación en que el autor nos presenta á su héroe Juan Gaussín, carácter apático y débil, no escaso de inteligencia para comprender que obra mal, pero falto de energía para marchar decididamente al bien. Una noche, en un baile, una mujer se sienta á su lado, le habla, le pide el brazo, y acaba por irse con él á su casa. Riendo como locos llegan al pie de la escalera, y él, galante, ofrece á su compañera subirla en bra-

zos; ella acepta, y comienza la ascensión. Pero la habitación está muy alta y hay muchos escalones que subir. Hasta el primer piso la sube de una vez, sin detenerse para tomar aliento, dichoso por llevar el peso que dos brazos frescos y desnudos le anudan al cuello. El segundo tramo es más largo; la mujer se hace más pesada cada vez; sus pendientes, que antes acariciaban la frente del estudiante, se le hunden ahora en la carne. Al llegar al tercer piso le faltaba el aliento, no podía más, respiraba ruidosamente, y los últimos escalones, que subía uno á uno, le parecían de una escalera gigantesca que se prolongaba en una espiral interminable. No era una mujer lo que llevaba, sino una carga horrible, que se sentía tentado á dejar caer con cólera, á riesgo de matarla. Cuando llegaron á la estrecha meseta frente al cuarto de Juan, «¡Ya!» dijo ella; y él pensó: «¡Por fin!» pero no hubiera podido decirlo, porque estaba sin voz, muy pálido, y se apretaba con ambas manos el pecho, que parecía próximo á estallar. — Esta escalera subida de este modo, á la claridad gris de la mañana — añade Daudet — es toda su historia. — Y es, por lo tanto, toda la novela.

Después del enlace bochornoso hecho en un momento de impremeditación, vienen sus consecuencias naturales; después de la culpa el castigo, pero el castigo, insufrible, abrumador, que Juan Gaussín no puede soportar. Aquella mujer, á la que está unido para siempre, no es la mujer que

debía ser su esposa, santa como su madre, pura como la virgen que ve en sueños un adolescente; es una cualquiera, una desgraciada nacida en el arroyo, criada en los talleres de los artistas defama, embustera de amor y vendedora de placeres infamantes; es Safo, la célebre modelo que prestó su cuerpo á todas las libertades de los artistas y á todas las licencias de los libertinos. En todas partes, en los escaparates de las tiendas de lujo, sobre la chimenea de las casas adornadas, está el torso admirable que él estrecha en sus brazos, y en él que no hay nada que pueda ser exclusivamente suyo. En seguida viene el contraste: otra mujer que le ama y puede hacerle dichoso, le sale al paso, le ofrece su amor, y con su amor la felicidad. Esta mujer es buena, es pura, puede ser la amada de su corazón al mismo tiempo que la madre de sus hijos... Pero él no es libre, no puede disponer de sí ni pensar en emanciparse del vergonzoso yugo á que voluntariamente se sujetó. Safo le pesa como en la noche inolvidable en que la conoció, cuando la subía en brazos para que no la fatigase la escalera; ahora, como entonces, siente impulsos de arrojar al suelo su carga para respirar libremente...; pero no puede hacerlo. Y lo peor es que aquella escalera tenía un último peldaño, mientras la que ahora sube sólo acaba en la muerte. Pocos asuntos habrá más interesantes que éste; pocos estarán desarrollados en forma más dramática. El lector comprenda á Juan Gaussín, le com-

padece, lamenta su desgracia, porque es humana, porque es verdadera; porque cada cual ha sido actor ó testigo en un poema semejante. El final es admirable. Hay críticos que le censuran; á mí me parece lo más hermoso de la obra. Safo sigue el camino que la traza su vida toda entera; Juan Gaussín, truncada su existencia, destruído su porvenir, habiéndose desligado de todos los vínculos que ataban su corazón á las afecciones humanas, queda anonadado, *stupide*, ante el mar azulado y sin límites, leyendo una y otra vez la carta en que aquella mujer, á quien todo lo ha sacrificado, le abandona para siempre, dejándole solo en la inmensa playa desierta, sin voz, sin pensamiento... La novela termina como debía terminar.

Y lo que le acontece á Gaussín no es una excepción, sino un caso de la regla general. Todo el que se une á cualquiera de esas infelices, es contagiado de desgracia. Todas las uniones ilegítimas de que en SAFO se hace mención, son otros tantos ejemplos de esta verdad. Se ve artistas célebres detenidos, estancados á mitad del camino, cuya gloria, manchada, no les sirve ya de estímulo; hombres de genio embrutecidos por el abuso del placer; desterrados del jardín de la felicidad que vagan por el mundo indiferentes, echando de menos, de cuando en cuando, las delicias del Paraíso en que hubieran podido vivir. Y esto no sucede porque las mujeres á quien se enlazan sean malas; nada de eso; estas infelices son como deben

ser: como las circunstancias de su vida las han hecho. Algunas nacieron para ser buenas y honradas, y al destino, y no á ellas, debe culparse si no lo son. Y aquí pone el autor el episodio conmovedor de la pobre Alicia Doré que, sacada momentáneamente de la abyección en que vivía, se mata antes de volver á ella.

No está menos cuidado que en otras obras lo que puede llamarse el *lado bonito* de las novelas de Daudet. Todos los personajes que en él figuran son igualmente interesantes, excepción hecha del tío Cesáreo, que es un pobre de espíritu, sin voluntad y sin inteligencia. Irene Bouchereau, la joven enamorada de Gaussín, pronta á entregarle su corazón y su cariño; las dos niñas místicas que quieren irse por el mundo á predicar el Evangelio como nuestra Santa Teresa de Jesús cuando tenía la edad de ellas; la pobre madre, clavada eternamente en su sillón de enferma, á quien se ocultan las desgracias que sin embargo, su instinto maternal la hace presentir; el viejo cónsul, empeñado en luchar con la filoxera que destruye su fortuna; y, sobre todo, Divonne, la mujer honrada, la mujer inteligente, la mujer capaz de amar y hacer feliz á su marido. El autor ha tenido que recargar el cuadro para que la oposición, y por lo tanto el castigo, sean mayores, para que Gaussín aprecie más todo lo que ha perdido. Y la oposición resulta, y la lección moral se desprende por sí sola. Daudet dedica la novela á sus hijos «cuan-

do tengan veinte años». Si la saben leer, pocos libros de educación pueden superarle en enseñanza; enseñanza verdad, deducida del relato de hechos reales, y no de los sofismas de una argumentación empalagosa. Por eso he dicho más arriba que, en SAFO, el autor no sólo ha hecho una obra buena, sino también una buena obra. Lo primero bastaba para su gloria, y es obra del novelista; lo segundo lo ha hecho el padre, y no es menos digno de aplauso.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE

SAFO

COSTUMBRES DE PARÍS

I

—Vamos á ver, míreme usted... me gusta el color de esos ojos... ¿Cómo se llama usted?

—Juan.

—¿Juan á secas?

—Juan Gaussín.

—Meridional, lo deduzco del apellido.....
¿Edad?

—Veintiún años.

—¿Artista?

—No, señora.

—¡Ah! Más vale así...

Estos fragmentos de diálogo, casi inteligibles en medio de los gritos, risas y bailables de un sarao de trajes, cruzábanse una noche de Junio